

Parando en Villalpando

El grupo

Whatsapp cumple ocho años

Maxi Rodríguez



—Con muchos de vosotros nunca tuve ningún tipo de contacto físico ni visual...
 —¡Laureano, gallu!
 —Nun sé por qué cojones m'añadisteis a esti grupo, pero ye igual. Tamos aquí reuníos pa celebrar esti fenómeno social...
 —¡Tu sí que yes un fenómeno!
 —El guasap cambió la forma de comunicanos, de dir por la calle, de relacionanos, de tar localizaos.
 —¡Viva el guasap! ¡Viva! ¡Viva el grupo!
 —¡Vivaaaaaa!
 —Gracias a él vivimos en continua conversación...
 —¡Ahí, ahí! ¡Sí señor!
 —Atrapaos por el doble check, jen permanente estao d'ansiedá!
 —¡Hai que responder entós mismo! Si no, ¿pa qué coño val?
 —Quiero dar les gracias especialmente a los que ponéis buenos días a les 5 de la mañana, a los que avisáis que llegáis tarde cuando ya lleváis media hora de retrasu...
 —¡Puxa'l guaxá! ¡Puxaaaa!
 —...A los que ponéis fotos de la güela, memes del guaje y vídeos gochos...
 —¡Puxa'l grupu! ¡Puxaaaaa!
 —...A los que mandáis mensajes de voz



namás que pa decir pijaes y...

—¡Laureano, Laureano es cojonudo, como Laureano no hay ninguno!
 —...A los que nun sabéis qu'existen los espacios ni la ortografía.
 —¡Ole y ole! ¡Que viva el guasap y tola mensajería!

—¡Ocho años ya, puff! Antes olvidabas el móvil en casa y nun pasaba na.
 —¡Eso ye verdá!
 —Ahora lo peor nun ye olvidalu...
 —No. Ye dase cuenta cuando ya nun pues volver a por él.
 —Viéndoos escribir veo mi vida pasar.

—¡Yes un poeta, Laureano!
 —En escribir tardáis una eternidá, pero sin vosotros nun tendría sentíu la Navidá.
 —¡Sensiblón, vas facenos llorar!
 —Sé que muchos pasasteislo mal, que vos silenciaron, que sentís el vacío cuando nadie vos responde o cambien de conversación...
 —¡Nun pasa na, Laure! ¡Viva el grupo, cagonrós!
 —Antes de brindar quiero decivos que pásolo bomba con los 300 mensajes que se me junten cada noche, con la pila de chistes malos que me facéis tragar, con...
 —¡Ahí Laureano, ahí!
 —Con tolo que dais a mi vida aunque no sé de qué vos conozco...
 —Coño, Laureano, paez mentira...
 —Tamién quiero dar les gracias a tolos subgrupos que ficisteis pa criticar al grupo.
 —¿Cómo ye ho?
 —Sí supierais lo que dicen de vosotros y los otros lo que decís de...
 —¡Vaya ho! Será por error...
 —Sí. Por error entereme de que la mi muyer me puso los cuernos, y de que nun vos tragáis... ¡Gracias al guasap!
 —¡Viva el guasap! ¡Vivaaaaaa!
 —Y ahora... Acabose, amigos. ¡Me abro, a tomar pol culo!
 —Pero... ¿Ónde vas?
 —Laureano ha abandonado el grupo.

www.parandoenvillalpando.com

Un jesuita en el Tíbet



Jorge J. Fernández Sangrador

Pistoia ha sido declarada "Capital Italiana de la Cultura 2017" por el Parlamento Europeo. La ciudad, de noventa y dos mil habitantes, en la sugestiva región de Toscana, tiene su centro espiritual en el altar argénteo dedicado a San Jacopo, Santiago el Mayor, en la catedral.

El culto a la memoria del Apóstol se remonta al siglo XII, cuando el obispo Atón introdujo una reliquia del Hijo del Trueno en la diócesis, para, en torno a ella, llevar adelante el proyecto de reforma eclesial iniciado por el Papa Gregorio VII, y esa vitola jacobea de la ciudad ha sido el argumento principal aducido para acreditar su raigambre cultural europea.

Por otra parte, el gobierno local ha venido trabajando, desde 2012 hasta 2016, en múltiples proyectos tendentes a lograr la nominación de Pistoia como "Capital Italiana de la Cultura", agrupados todos ellos bajo el lema "Leggere la città" ("Leer la ciudad"), título de uno de los últimos escritos de Giovanni Michelucci, nacido en Pistoia en 1891. En él, el arquitecto invitaba a acercarse a la ciudad como si ésta fuese un libro de piedra y a extender la mirada sobre ella con la penetrante punición del intelecto (intus-legere), incisivo

escrutador de la realidad urbana, que es multiforme, compleja y armónica.

La reflexión sobre la ciudad suele estar muy presente en cualquier iniciativa municipal que se emprenda en Italia, concebida aquella no como mera agregación de edificios, sino como Casa de la Sociedad. Es por ello por lo que se ha de procurar que ésta sea hermosa, segura, ordenada, plena de luz y de aire puro, accesible a todos, abierta al mundo, capaz de entreverar lo local y lo global, identidad y alteridad, y, en el caso de Pistoia, de secundar la inigualable trayectoria personal de las emblemáticas figuras que han descollado en la historia de esa multiseccular Casa Cívica. Entre otras, la de Ippolito Desideri.

Ippolito Desideri nació en Pistoia en 1684. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1700. Estudió en la Ciudad Eterna, en el prestigioso Colegio Romano, en donde los Jesuitas supieron apreciar sus extraordinarias dotes intelectuales y apostólicas. Fue designado para la misión en Oriente, adonde los hijos de San Ignacio habían llegado gracias al ímpetu evangelizador de Francisco de Javier, Alessandro Valignano, Matteo Ricci y Roberto de Nobili, entre otros. El joven Desideri tenía, además, en su propia patria chica, Pistoia, la referencia de egregios misioneros: el jesuita Giuliano Baldinotti en Tonkín y el franciscano Arcangelo Carradori en el Alto Egipto. El primero fue matemático; el segundo, autor de un diccionario de nubio.

El 18 de marzo de 1716, Desideri llegó a Lhasa. Había salido de Roma el 9 de septiembre de 1712. De Goa fue a Delhi y Lahore, atravesó la cadena montañosa de Pir Panjal, y, desde Cachemira, pasado Leh, en Ladakh, arribó a Lhasa. El lector de lengua española encontrará una fragmentaria descripción del viaje en el libro "Memorias del Tíbet". Se trata de la traducción hecha por Miguel Giménez Saurina de algunas páginas de la obra de Filippo de Filippi, "An

Account of Tibet. The Travels of Ippolito Desideri of Pistoia, S.J. (1712-1727)", publicada en Londres en 1932.

Para darse una idea del esfuerzo que exige una marcha a través del Himalaya, se puede leer la amena crónica del viaje desde Londres a Gyantsé, a finales de los años veinte y comienzo de los treinta del pasado siglo, escrita por Robert Byron: "Viaje al Tíbet". Es también el autor de "Viaje a Oxiana", un libro en el que refiere el periplo que realizó por Persia y Afganistán para conocer el arte islámico. Era amigo del ingenioso, talentoso, ocurrente y sarcástico Evelyn Waugh, quien tenía a Robert Byron por escritor mediocre, aunque buen narrador. "Viajar por Europa es asumir un legado cultural previsto; hacerlo por el islam es examinar el de un primo cercano y conocido. Pero viajar al Asia más lejana es descubrir una novedad anteriormente insospechada e inimaginable". Al expresarse así, Byron pensaba en la parte de Asia que está al norte del Himalaya, en el Tíbet, "en donde la misma faz de la tierra, el espacio, las nubes y los colores son absueltos de todos sus rasgos conocidos".

Sin embargo, la obra que ha gozado de mayor difusión, por haber sido llevada al cine, es "Siete años en el Tíbet", del austriaco Heinrich Harrer, quien, tras fugarse de un campo de prisioneros en la India británica, logró llegar a Lhasa. Allí aprendió tibetano, conoció la cultura del país y entabló amistad con Tenzin Gyatzo, actual Dalái Lama, del que fue, además, tutor. Este relato autobiográfico exhala simpatía, cordialidad y gratitud para con los habitantes del Tíbet, entre los que el alpinista, geógrafo y escritor vivió sumamente feliz en el periodo comprendido entre 1944 y 1951.

En torno al Tíbet han tenido lugar, desde el siglo XVII, admirables hazañas, realizadas por misioneros, científicos, estratagemas y aventureros con pasta de héroes:

Antonio de Andrade, George Bogle, Thomas Manning, Joseph-Fernand Grenard, Susie Carson Rijnhart, Perceval Landon, Evariste Régis Huc, Nikolay Przhhevsky y George Edward Pereira, por citar los más representativos. Y, por supuesto, Ippolito Desideri, quien, con sus detallada relación de lugares, itinerarios y costumbres, ofreció la primera y más completa descripción del entero recorrido transhimalayo hasta Lhasa. Una proeza que no va a la zaga de la de Marco Polo.

Decía el Dalái Lama que, si bien Desideri había viajado hasta aquellas altitudes como misionero, su inmersión en la religión budista y en la cultura tibetana, así como su natural predisposición para intercambiar opiniones sobre filosofía y teología con los monjes del Tíbet, o exponer y escuchar respetuosamente los artículos de los respectivos credos, lo han constituido en figura pionera de lo que hoy se denomina "diálogo interreligioso".

Sin embargo, esa valía ha sido alzaprimada casi doscientos años después de haber acontecido el viaje a Oriente. Lamentablemente, las cartas permanecieron olvidadas en archivos de Roma y Pistoia hasta finales del siglo XIX. Fue un orientalista florentino, Carlo Puini, el que las publicó en 1904 por primera vez. "La negligencia de aquellos que heredaron los manuscritos de Desideri ha privado durante mucho tiempo a Europa de una fuente preciosa", escribió el teólogo jesuita Henri de Lubac, buen conocedor del budismo.

Mas ahora que se hallan a disposición del gran público, en tantos formatos como hoy permite la tecnología, la relación del viaje al Tíbet de Ippolito Desideri constituye un testimonio accesible para todo el mundo de cómo el anuncio del Evangelio lleva aparejadas inquietud científica, producción cultural, soltura léxica y acción social, uncidas las cuatro por el vínculo indisoluble del Amor.